

ESCENA QUINTA

ALMANZUR Y OMAR

OMAR

Besándole las manos.

¡Oh, gracias, noble anciano...!

ALMANZUR

¡No agradezcas mi celo,
que el interés me guía, pues aquel que en la
tierra,
las puertas de su casa a su huésped le cierra,
no le abrirá el Arcángel los encantos del cielo!

OMAR

¡Mi vida, entre tus manos venerables confío...!

ALMANZUR

Sentándole paternalmente
sobre los almohadones.

¡Mas la angustia te ahoga y el cansacio te acosa...!
En tanto que prepara tu lecho, huésped mío,
sobre estos almohadones, a mi lado reposa...
Y restaura tus fuerzas, que vienes fatigado...

Tomando de la derecha un
cesto de dátiles y un cuenco
de leche.

¡Poca cosa ofrecerte puedo en estas arenas:
dátiles de mi oasis, mieles de mis colmenas,
y leche de camellas que yo mismo he ordeñado!

OMAR

Después de beber ansiosa-
mente.

¡Gracias...! Con tus mercedes me has devuelto
la vida.

¡De tanta sed traía la garganta abrasada!

ALMANZUR

Reparando de pronto en la
sangre que le mancha el ros-
tro.

Pero ¿vienes herido...?

OMAR

Es un rasguño: nada...

ALMANZUR

¡Yo con mi propia toca restañaré tu herida...!

La restaña y se sienta a su
lado.

Duerme, que mientras duermas velaré tu reposo...

Omar alza los ojos y los di-
rige ansiosamente hacia los

arenales, y un temblor de lágrimas parece humedecer un instante la fiebre de sus miradas.

¿Te conduce tu suerte?

OMAR

¡Más que mi suerte, siento la suerte de mi yegua, que cayó sin aliento, espumeando angustia, al saltar ese foso!

Señalando hacia la derecha de los arenales.

ALMANZUR

¿La amabas tanto, huésped...?

OMAR

¡Como a mi propia esposa...!
¡Y me apena dejarla tan sola...!

ALMANZUR

¡En las arenas, profunda como un silo, cavaremos su fosa, para que no devoren sus despojos las hienas!

OMAR

¡Era como un antilope de ágil, y tan fuerte como un león de Atlas...! ¡Con su ayuda he podido, mirándome por tantos corceles perseguido, a través de esos montes escapar de la muerte...!

ALMANZUR

Como recordando.

¡Yo también tuve una, en época lejana, y a pesar de los años, aún su pérdida lloro...!
¡Sus pupilas de ébano consteladas de oro tenían las dulzuras de una pupila humana!

Fina de remos; móvil y estremecido el flanco; las orejas vivaces y la nariz ardiente; negra como la sombra... Sólo sobre la frente descarnada, lucía como un lucero blanco...

¡Cuando sobre su cuello las riendas aflojaba
o en sus ijares trémulos el acicate hundía,
alcanzaba al antílope, al avestruz vencía,
y hasta el sonoro vuelo del viento fatigaba...!

Mas no hay en esta vida felicidad completa...
Escucha, huésped mío... En aquella ocasión
tuve que ir a la Meca, en peregrinación,
a visitar el santo sepulcro del Profeta.

Celebrábase entonces la Pascua del Carnero.
Antes de entrar al templo, mi yegua dejé atada
al tronco de un florido y verde limonero,
que daba paz y sombra a la senda empolvada.

Mas al salir, en vano la busqué, porque en tanto
que elevaba a los cielos mis puras oraciones,
postrado de rodillas en el recinto santo,
de la senda la habían robado unos ladrones.

Mesándome las barbas maldije mi destino;
a mis voces la gente se agrupó alborotada;

y un hombre, que vivía en mi misma posada,
me prestó su caballo y me indicó el camino

por donde los ladrones emprendieron la huida...
Bramando de coraje, rápido como el rayo,
salté sobre la grupa del fogoso caballo,
y tras ellos lancéme veloz, a toda brida...

Como un turbión de espanto corrí más
de una legua,
cuando al volver un áspero recodo del camino,
entre nubes de polvo, más que ver adivino
cruzar por la espesura la sombra de mi yegua...

¡Un vértigo arrastróme, y en un furioso embate,
sobre el corcel tendido, con la voz, con mi aliento,
le impulsaba, clavándole sin tregua el acicate,
y a su paso silbaba como un venablo el viento!

Con las crines revueltas, la nariz resoplante,
que volaba en la senda, mi corcel parecía,
devorando distancias... Más cerca a cada instante
la visión fugitiva de mi yegua veía...

Y cuando ya tan cerca mi corcel se encontraba
que su bello espumoso su flanco humedecía,
viendo que iba a vencerla, grité a quien
la montaba:

— ¡Hostígala en las cruces! — Y como
un torbellino,
la yegua en un arranque, saltando un arroyuelo,
perdióse entre las nubes de polvo del camino,
al expirar las últimas claridades del cielo,

mientras que resoplando, todo en sudor bañado,
mi corcel se detuvo, jadeante... Una llama
de orgullo dió a mis ojos un resplandor dorado...
¡Y así perdí mi yegua, pero salvé su fama!

OMAR

Emocionado por el relato.

¡Bella acción!

ALMANZUR

Tristemente.

...Y en los años que después he vivido,
en los largos martirios de mi vida agitada,
como mi yegua, todo cuanto amé, lo he perdido;
y hoy tan sólo me quedan: recuerdos, polvo...
¡nada!

OMAR

¿Para ti ya consuelos no existen en la tierra?

ALMANZUR

Sólo uno me ha dejado el rigor de la suerte...
¡Un hijo, un solo hijo, bizarro, noble y fuerte,
en cuyo amor mi única esperanza se encierra!

OMAR

¿Y vive aquí contigo?

ALMANZUR

Al nacer la mañana,
comandando las gentes de la tribu, ha marchado
a esperar el desfile de una caravana...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1926. 1325 MONTERREY, MEX.

Rsceloso e inquieto.

¡Y es ya noche, y su suerte me tiene con cuidado!

OMAR

¿Qué temor, noble anciano, tu espíritu contrista...?

¿Su brazo, acaso, es débil...?

ALMANZUR

Con orgullo.

¡Es tanta su pujanza
que no hay peto que embote ni adarga que resista
la furia de su acero o el golpe de su lanza...!

OMAR

¿Por qué temes, entonces?

ALMANZUR

Con gravedad.

¡Ay, porque nadie advierte
cuándo la propia sombra se ha de borrar, ni dónde

como áspid entre lirios, para herirnos, se esconde
la certera saeta que emponzoñó la muerte...!

¡Jamás el labio humano sabrá en qué emboscada
ha de exhalar el último suspiro de su aliento...!
Para apagar la lámpara basta un soplo de viento...
¡Y el hombre es como el humo, y nuestra vida
es nada!

Pequeña pausa. Se acerca
inquieto a la puerta, con el
oído atento a los rumores noc-
turnos. Después se vuelve ha-
cia su huésped.

¡Mas tú, mi noble huésped, te encontrarás
rendido!

Duerme, mientras yo velo...

OMAR

Descansar no podría,
que el sueño de mis párpados, como una sombra,
ha huido.

ALMANZUR

Sentándose a su lado.

Pues platiquemos hasta que resplandezca el día,
si platicar te agrada...

OMAR

¡Cómo no ha de agradarme
el conversar contigo, buen viejo, si en la tierna
dulzura que a tu acento le prestas, al hablarme
hay algo como un eco de aquella voz paterna,
que ya escuchar no puedo...!

ALMANZUR

¿A tu padre perdiste?

OMAR

Estas manos que estrechan las tuyas, han abierto
—ha tiempo—su sepulcro en mitad del desierto,
camino de mi patria...

ALMANZUR

¿En qué tierra naciste?

OMAR

¡Allí donde las brisas son frescas y fragantes...!
Se ha mecido mi cuna bajo el ramaje espeso
de aquel Edén, en donde, como tiernos amantes,
el Eufrates y el Tigris, se funden en un beso...!

ALMANZUR

¿Dónde te dirigías?

OMAR

A la tierra lejana
donde mi amor me espera, hoy regresaba al frente
de la más numerosa y rica caravana
que vieron las estrellas de los cielos de Oriente,
cuando al cruzar la cumbre de esos montes,
por una
banda de salteadores, de pronto fui cercado...

¡Y gracias que con vida el Señor me ha dejado
para llorar la pérdida de toda mi fortuna...!

ALMANZUR

¿Y tus hombres?

OMAR

Algunos combatiendo cayeron
cual rabiosos leones, pero los más, apenas
iniciado el ataque, desbandados huyeron
a hundirse entre las ondas de esos mares de
arenas...

Solo me encontré en medio de un círculo de
espadas...

De pie sobre el estribo, a resistir me atrevo,
cuando abriéndose paso, se interpone un
mancebo,

y clavando en los suyos sus altivas miradas:

—¡Atrás, todos!—rugióles—. ¡Este valiente
es mío!

¡Y conmigo, arrogante y denonado cierra;

y me arrojó, al galope, su lanza con tal brío,
que al esquivarla, hundióse dos palmos bajo
tierra!

Le arremeto, y mi lanza salta rota en pedazos.
¡Blandimos las espadas, señor, y son tan fieros
los golpes, que sin tregua, descargan nuestros
brazos,
que relampagueaban, al chocar, los aceros...!

¡Hasta que al fin, ansiando morir o dar la muerte,
rechinantes los dientes de ira, como una hiena,
de pie sobre el estribo, le descargué tan fuerte
mandoble, que sin vida rodó sobre la arena!

Todos me acometieron como hambrienta jauría...
Y al contemplarme solo, huí desorientado
por esos arenales donde ni senda había...
¡Y gracias a los cielos que a tu tienda he llegado!

ALMANZUR

Abrazándole enternecido.

¡Deja que entre mis brazos te estreche con
ternura...!

¡Que eres mi propio hijo al abrazarte creo...!
¡El mismo fuego ardiente que en sus ojos fulgura
brillar entre las sombras de tus pupilas veo!

Se queda de pronto pensativo, como si el vuelo de un presentimiento rozase sus sienes.

¡Mi hijo...!

OMAR

Aproximándosele.

¿No has recibido noticias de su empresa?

ALMANZUR

No llegaron, y temo...

Se oye un lejano clamor.

OMAR

Escuchando lleno de zozobra.

Mas, oye; ¿esos clamores...?

Se asoma a la puerta. Observa atentamente, y de súbito se vuelve pálido y tembloroso hacia Almanzur.

¡Ocúltame...! ¡Se acercan...! ¡Son mis
perseguidores!

ALMANZUR

Mirando también al fondo.

¡No temas...! ¡Es mi gente que al aduar regresa...!

Cuando Almanzur se dispone a salir, aparecen, cerrándole el paso, Ayub y los guerreros, que conducen sobre un escudo el cadáver de Aliatar. Omar, al reconocer a éstos, retrocede hacia un ángulo, y allí se apresta a su defensa.

ESCENA SEXTA

DICHOS, ALÍ, AYUB Y GUERREROS

AYUB

Entrando.

¡Almanzur, la desgracia cayó sobre tu frente...!
¡Dios te ha dejado solo al final del camino...!

ALMANZUR

Preso de una profunda ansiedad, dirigiéndose a los que entran.

¡Mi hijo...! ¡Decidme, pronto, ¿dónde está...?

Alí y Ayub le detienen. Los

guerreros conducen el cuerpo inanimado de Aliatar y le colocan sobre los tapices y los almohadones de la izquierda.

OMAR

Reconociendo el cadáver y cubriéndose horrorizado.

¡Dios clemente...!

UN GUERRERO

Mostrándole a Almanzur el cadáver de su hijo, y señalándole a Omar.

¡Aquí tienes su cuerpo, y allí está su asesino...!

Almanzur queda un instante anonadado de dolor. Se le ve temblar y desfallecer, como si fuera a desplomarse. Allí le sostiene. Los guerreros avanzan, con las espadas desnudas, hacia Omar.

OTRO GUERRERO

A Almanzur, señalando a Omar.

¡Dádnole...! ¡Es nuestra presa!

Volviéndose hacia el cadáver.

¡Su sangre está clamando venganza...!

ALMANZUR

Dando un grito terrible y curvándose para ver a su hijo.

¡Oh, mi Aliatar...!

De repente, viendo que sus gentes van a acometer a Omar, se yergue, y se interpone para ampararle.

¿Qué dicen? ¡Habla...! ¿Es cierto...?
¿No respondes, mi huésped...?

OMAR

Avanzando resuelto.

¡Es verdad! ¡Yo le he muerto
con este mismo acero, cara a cara luchando...!

ALMANZUR

Transfigurado de furor.

¡Y no se abrió la tierra, traidor, para tragarte...!
¡Y tu brazo la cólera del Señor no maldijo...!

Hace un esfuerzo terrible
para dominarse. Su voz se va
amansando hasta estallar en
un largo sollozo desesperado.

El huésped es sagrado... Mi deber es salvarte...
Perdona mis palabras... ¡Pero el muerto...
es mi hijo!

UN GUERRERO

Dirigiéndose a Omar.

¡Venganza está pidiendo la sangre derramada...!
¡Que la tuya la arena del desierto se beba...!

GUERREROS

Relampagueando sus espadas.

¡Venganza...! ¡Sí...! ¡Venganza...!

ALMANZUR

Viendo el peligro de su
huésped, desenvainando su
espada y colocándose en acti-
tud firme y resuelta delante
de Omar para defenderle.

¡La mano que se atreva
a tocarle, de un golpe cercenará mi espada!

Los guerreros retroceden,
pero sin dejar su actitud hos-
til.

GUERREROS

¡Venguémosle! ¡Venguémosle!

ALMANZUR.

¡Aquí tenéis mi pecho...!
 ¡Atravesadlo antes que deshonrar mi nombre,
 permitiendo que toquen vuestras manos
 al hombre,
 que el Señor, para honrarme, puso bajo
 mi techo...!

¡El tormento más bárbaro a mi cuerpo infringid...!
 ¡Profanad estas barbas que el tiempo encaneció...!
 ¡Dadme muerte mil veces, mas nadie ha de decir
 que he sido infiel al huésped que el Señor
 me envió...!

GUERRERO

¡El dió muerte a tu hijo...!

ALMANZUR

¡Y si yo os lo entregara,

hasta mi propio hijo sangriento se alzaría,
 y a presencia de todos, de mí renegaría,
 porque con mis traiciones su sangre deshonrara...!
 ¡A la cinta el acero...! Vuestro furor no espere
 que a mi huésped traicione...

OMAR

En un arranque de generosidad,
 cayendo de rodillas a
 las plantas de Almanzur.

¡Escucha, noble anciano!
 Aquí tienes mi cuello... Cuando te plazca hiere,
 que al expirar, mis labios bendecirán tu mano...!
 Te dejó la fortuna sólo un hijo, que era
 el báculo más firme que tu vejez tenía...
 Para vengarsu muerte, tu corazón, ¿qué espera...?
 ¡Yo he vertido su sangre, derrama tú la mía...!

ALMANZUR

Luchando terriblemente
 entre la tradición hospita-

ria de su raza y el amor de
su hijo.

¡Tienes razón, mi huésped! ¡Es cierto!

¡No te engañas!

¡El, el único amparo de mi vejez ha sido...!

Ciego de furor y sediento
de venganza.

¡Y tú, le diste muerte...! ¡La espada que le
ha herido

la siento que penetra también en mis entrañas...!

OMAR

¡Hierre, y venga su sangre!

ALMANZUR

¡No excites mis pasiones,
que siento que despiertan, silbando su veneno,
las víboras hambrientas que duermen en mi seno,
y se ciegan mis ojos...!

Bruscamente asaltado de

un deseo de venganza, levan-
ta el arma para herir. Des-
pués vacila, tiembla, y la aba-
te, elevando sus ojos en una
súplica desesperada, a los al-
tos cielos que empiezan a azu-
lear con las primeras clarida-
des del día.

¡Señor, no me abandones...!

¡Todas, todas las fuerzas del corazón agoto...!

Volviéndose de súbito hacia
el huésped que permanece de
rodillas ante el silencio y la
expectación de todos.

¡Levántate, mi huésped, deshonrarme no quiero,
y antes de deshonrarme, ya ves, rompo este acero
que en treinta años de lucha ninguna espada
ha roto!

Rompe la espada y la arro-
ja a los pies de su huésped.

OMAR

!Ya que tu honor no quiere a tu hijo vengar,
permite que de nuevo ahora mi ruta emprenda,
y que libre a tus ojos del dolor de mirar
al que trajo consigo la desgracia a tu tienda...!

Se alza.

ALMANZUR

Huésped, mi tienda es tuya, y de ella
dueño eres...!
Manda a tu arbitrio en todo, porque el deber
me obliga
a servirte y a honrarte... ¡Mas si marchar
prefieres,
parte, cuando te plazca... y el Señor te bendiga...!

En voz baja, dirigiendo una
mirada de suprema angustia
a los cielos.

¡Cielos, las negras heces de mi dolor apuro...!

Volviéndose a sus guerre-
ros, imperiosamente.

¡Guerreros, devolvedle todo el botín; brindadle
el más fogoso y noble caballo, y escoltadle
hasta dejarlo libre, en un lugar seguro...!

OMAR

Al salir. Profundamente
conmovido.

¡Tu nombre en lo más hondo del corazón
lo grabo...!
¡Que los cielos derramen sobre ti tantos bienes
como penas sufristes! ¡Y ya sabes que tienes,
en mí, para servirte, al más humilde esclavo!

ALMANZUR

A los guerreros que desfi-
lan lentamente, dirigidos por
Alí y Ayub.

¡Formad, para escoltarle, la hueste más lucida...!
¡El más santo tesoro en vuestras manos fío,
y con vuestras cabezas respondéis de su vida...!

Los guerreros desaparecen por el fondo. Almanzur los contempla inmóvil, desde el umbral. El milagro luminoso del alba centellea gloriosamente en la escena.

ESCENA ULTIMA

ALMANZUR solo.

ALMANZUR

Viendo desaparecer en las soledades del desierto los últimos guerreros. Con los brazos tendidos al cielo, como el que acaba de cumplir el más heroico sacrificio.

¡Ya cumplí mis deberes...!

De repente, como si las fuerzas le abandonasen, cayendo de bruces sobre el cadáver de su hijo.

¡Oh, Aliatar...! ¡Hijo mío!

Se inclina, y abrazado al
cadáver continúa sollozando,
mientras desciende lentamente
el telón.

UNA PARTIDA DE AJEDREZ

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO